Julio J. Casal

arbol



BIBLIOTECA "ALFAR"

julio j. casal

árbol

séptima edición

ornamentación de barradas

biblioteca alfar

montevideo

PRIMERA EDICION:
1925, España

Biblioteca Alfar
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en el Uruguay - 1989

a Ricardo R. Pastor

ARBOL

Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.
Hacia los cielos vamos en claro florecer...
Y tus ramas audaces, hallaron el rocío
en el cristal y el ámbar, luz de mi amanecer...
¡Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío!

En ti hay, a momentos, más pájaros que hojas
Y eres en primavera mágico surtidor.
Y en mí, ¡qué profusión de rosas, blancas, rojas,
Y qué acento en mi lírico manantial interior!

Los dos brindamos, árbol, savia joven y nueva.
Y por nosotros corre un idéntico río
de emoción, y sabemos en las nieves de prueba
aguardar libremente el calor de otro estío.

Hacia lo azul, el mismo impulso azul nos lleva...
Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.

EL HUMO VIAJERO

En la carreta
iba
tendido el árbol.

Los bueyes avanzaban
lentamente. El cristal
de la aurora, vertía
sus vinos claros

sobre los caminos.
La carreta pesada y quejumbrosa
balanceaba el cadáver del árbol.

A lo lejos,
los brazos de las ramas,
alegremente se desenredaban
de la elástica cinta de la niebla.

El se encendería
en el hogar amplio.

Nunca más podría
mecer en su blando
columpio de hojas,
a la loca brisa...
Ni daría más
su sangre a los pájaros.

A veces, el humo
imprevisto y vago
que vuela vistiendo
con su tul, los árboles,
es humo de un tronco
que ha sido quemado

y sintió una gris
nostalgia de hermanos…

Corazón que fuiste
ya sacrificado…
A veces, te escapas
en humo, hacia el campo
del recuerdo… A veces,
es mi corazón
el humo de un árbol.

LOS CEREZOS

Abril. Apoyados
sobre el muro azul
del aire, hay un corro
de cerezos ágiles...

Son en la distancia
festones de nieve,
borlas con que el campo
se empolva la cara...

Vibra en el ambiente
la música blanca
de sus flores nuevas...

Anuncia el paisaje
la próxima fiesta.
Y cuando el estío
nos devuelva a casa,
tendrán los cerezos
sus capotas verdes
llenas de jugosos,
pequeños y sanos
corazones rojos...

EL ROBLE Y LAS ACACIAS

El roble sufre
su derrumbamiento.
Apenas flota en el azul
su túnica de ramas,
que se marchita en una
melodía de verdes desteñidos
y cobres oxidados...

Y frente al roble, grita
un corro juguetón de acacias nuevas,
en cuyos senos sanos y jugosos
el sol recuesta su cabeza rubia...

EL FORASTERO

Hoy han traído el árbol.
Viene del corazón del bosque.
Cuando lo ví llegar
tumbado en la carreta,
mi lírica emoción tuvo una lágrima.
Se encontraba tan bien entre los suyos...

Ya está de pie el amigo en nuestra huerta
¡Un árbol más, un árbol nuevo! Hijos,
que él encuentre en vosotros, agua y seda.
¡Soltad de prisa todos
los pájaros de casa.
Para todos hay hueco en su cabeza.

¡Hijos, a cantar para él
canciones tiernas...!
El forastero,
el pobre trasplantado a viva fuerza,
¡que no eche de menos
los camaradas que en el bosque deja!

COMUNION

Cogidas de la mano,
las acacias
tiernas y bulliciosas
como risas
de colegiala,
en un vibrante círculo de aromas
rodean la plaza...

En el centro, la fuente
bajo la toca blanca
del chorro, tiene un gesto
de Hermana
que a su grupo infantil
dulcemente prepara
—haciendo repicar
su voz de gotas— para
la roja comunión
de la mañana...

El sol, el sacerdote
—liturgia de oro— llega
cabalgando en la nube más rosada.

Las acacias
—las niñas
ingenuas de la plaza—
abren sus corazones
para el cáliz de luz
que el sol levanta.

EL EUCALIPTUS NIÑO

Ya se había quebrado
la lámpara del sol.
Bajo mi mano
bullía
la cabeza infantil
de un eucaliptus.

El pequeño abanico de sus ramas
se estremecía
en sanos ritmos tiernos.

Premiando
las caricias de mis dedos,
el eucaliptus
me dará este invierno
su sangre verde y generosa,
y cantará en la lumbre
de mi alcoba,
en borbotones y oloroso humo,
su corazón de música y de hojas...

SED

[illegible] en el humo violeta de la tarde,
los árboles enfermos y amarillos
[illegible] con sus frentes pensativas
[illegible] del espacio.

Nacía de cada hoja,
un grito hacia la nube
de pechos sanos y redondos…

Casi todas las ramas ya se adornan
con tocas de oro…
Unas hojas, apenas tienen vida
alargan sus pequeñas bocas verdes
buscando los pezones de las nubes…

El corazón del tronco
ya no siente
circular sangre nueva…

Borrasca: exprime el pecho de las nubes.
¡Un poco de agua para mis hermanos!

EL ALAMO

Aquel álamo, soporta
la irónica sonrisa
de los esbeltos y ágiles hermanos,
que refrescan sus sombras
jugosas en el río.

Nació tan desgarbado
y tan ridículo...

Se elevan de su tronco
unos absurdos brazos,
exageradamente,
grotescamente largos...

Es ese niño extraño del colegio
que sufre la mirada
de todos los amigos...

En su madera tan ligera y blanca,
y en sus flores colgantes,
yo he visto repicar una sonrisa...
Grotesco y desgarbado...

Son para él
la primer música
de la caja del sol,
y la postrer varilla de colores
del abanico crepuscular...

LA SOMBRA DEL PINAR

Hermana,
ya estás bien...

No necesitas para respirar
entreabrir la ventana...
Tu grave palidez de lirio enfermo
se ha teñido de sol y de manzana...
¡Qué hondo repica mi agradecimiento
para la sombra del pinar, hermana!

HERMANOS

A un mismo tiempo, hijo, nacisteis tú y el árbol.
Y los dos hacia arriba
galopabais con ímpetu.
Desarrollaba el árbol
sus limpios brazos verdes.
Tu pecho se ensanchaba en una curva ágil.
....
Si te acercas al árbol, él inclina sus hojas
para besar tu frente,
y te extiende su sombra, como una almohada b
en la monotonía de las cálidas siestas.

A un mismo tiempo, hijo,
nacisteis tú y el árbol.
...Me invade la emoción
más ruidosa, hacia dentro,
al ver que tú y el árbol
tenéis la misma risa,
y siempre jugáis juntos,
como dos hermanitos
que no se enojan nunca.

EL GORRION

Amaneció cansado...
Más encorvado
aún, el pico fuerte.
Sufría en el camino
su diminuta sombra cenicienta.

Cavó él mismo, un sencillo
hoyo para su cuerpo,
y se dejó caer
sin fuerzas, dentro...

Entonces, las piadosas
manos del viento,
cogieron unos cuantos
pañuelos verdes
de los eucaliptus,
        y cubrieron
el arpa, ya sin notas
        de su cuerpo...

LA MANO

La mano de aquel plátano,
extendida
hacia el azul y el verde
del paisaje,
tan sólo recogía
la luz enferma y triste
de la tarde.

EL ALMA NIÑA

Estoy buscando por el robledal,
el alma niña que se me perdió...
Es tarde. En la marina vesperal
la noche ya sus velas desplegó.

...¿Se habrá escapado sola
camino del hogar,
y me estará aguardando junto al fuego,
enhebrando con chispas un collar?

¿Y si no se marchó
y un árbol fauno y mal intencionado
en su jaula a mi niña aprisionó?

Han de hundirse mis ojos
en todas las maderas seculares,
y ha de trepar mi voz
por la verde escalera de las ramas...
Y en mi loco desvelo paternal
no habré de cejar yo,
hasta que encuentre por el robledal
el alma niña que se me perdió...

CIPRES

Tu madera rojiza y olorosa
es hecha de silencio.

Y a pesar de tu grave
meditación de sombra,
todos los árboles,
de las granjas de juegos infantiles,
visten tu forma
de misterio alargada...

Y es tu copa, una aguja
enhebradora de astros.

ROMERIA

El amanecer,
golpeaba con dedos de brisa y color
sobre los cristales
de mi corazón.

Y entonces, por niños
senderos, mi blanca canción
volaba a la mesa
de un naranjo en flor.

Era el mantel una
sonrisa de albor.
Mi alma se nutría
de un nevado olor.

Y ya a mediodía,
por los bien crecidos
senderos, a casa
tornaba mi alegre canción.

Y al ver cual bordaba
s s s pronunciadas, ebria de sonidos
de miel y color,
una encina vieja
a cuyos henchidos
pechos, un enjambre
de hormigas y pájaros,
más de medio siglo
noble amamantó,

con su voz de ramas
a mi colegiala
riendo gritó:
«Anda tú, locuela,
tómate otro vaso
de vino de sol!»

...Los pinos reían
con un aire tierno, sabio y bonachón.

EL INADAPTADO

Arbol, cuando retorno
de mis largas andanzas,
te encuentro siempre triste y fatigado.
Cada día es tu verde
de un tono más enfermo.

Este paisaje te hace daño.
El cielo, siempre el mismo,
te envuelve entre sus lívidos
reflejos de gris muerto.

Tienes un gesto de doliente hastío.
Y tu semblante es cada vez más pálido.

Los extranjeros me producen pena:
no pueden vivir
lejos de su lar,
y encuentro en sus miradas
la amargura,
que para todos pasa inadvertida.

Mas tú, como el poeta,
eres un extranjero
en propia tierra.

Yo quiero trasplantarte...
Sé de un sitio

en donde los paisajes amanecen
empapados con agua azul de astros.

Y en donde
sentirás deshacerse entre la clara
música del paisaje,
el agrio gesto de tu rostro adusto.

EL BOSQUE

Corriendo como un niño,
 llevé a la luna
hasta la misma boca
 elástica de un río...

Y me alejé en la sombra
 de unos árboles...

Puse mi corazón
en los jugosos troncos.
Los poros de mi anhelo
se sahumaron de hojas.

 Y al regresar a casa
 mi corazón tenía
 un sano olor a roble,
 a eucaliptus y a pino.

AFUERA

El huerto estaba alegre y bullicioso.
La nube fue generosa...
Los árboles,
eran como los niños
en las tardes
de lluvia
que no van al colegio.
Brillaban
los pequeños
globos bermejos de las cerezas.
Gritaban ebrios
de salud, todos
los labios de los árboles...
Alegría en los brazos del naranjo,
alegría en las caras
redondas de las manzanas
y en el cuello de plata
de las magnolias...
Y hasta una vieja encina
—grave abuela del huerto—
sonreía
bajo la verde cofia
que la lluvia
adornaba con vidrios musicales.

EL SAUCE

El sauce moja
sus ramas en el río.
Y se nutre de espuma
y de sombra de nubes.
La brisa, a veces,
lo desprende del agua,
y estremeciéndose
salpica en el espacio
sus diminutas lentejuelas claras...
El sol pasa por ellas
su hilo encendido;
y brilla fugazmente
un gran collar de vidrios,
que con el viento y con la luz estalla,
refrescando los pechos de la tarde.

NUBE

Por los árboles tristes
 que se encienden
en resplandores vagos y amarillos
 ¡ten piedad, nube!

Por las mejillas pálidas y enfermas
 de las hojas
 que apenas se sostienen
 en la rama sensible...
 ¡ten piedad, nube!

Por el tronco que sufre
 largas horas de sed,
y a quien ya mira el labrador
 con ojos de codicia...
Por esa juventud llena de arrugas
 ¡ten piedad, nube!

Nube...
 Que te lleve hacia el mar
la buena mano del gigante Viento.
Y bebe la alegría de una ola...
Y tu madeja de agua
que se devane a prisa
en hilos bulliciosos,
—cual venda de salud y de milagro—
sobre la herida
de los árboles tristes y sedientos...
 ¡ten piedad, nube!

EL TRAJE DEL DOMINGO

En las tardes de lluvia,
hasta mí llega
el olor musical
de las raíces.

El agua ha removido
con sus manos nerviosas
el corazón del campo.

Y festejando el claro desposorio
del campo y de la lluvia,
mi alma de niño,
con un júbilo claro
y encendido,
se pone
su mejor traje:
el traje del domingo...

NOTA

La carne amarillenta
del paisaje,
pide un poco de esencia
al abanico
verdoso de una acacia.

He visto como el jugo
del claro varillaje,
iba tiñendo de colores sanos
las mejillas enfermas del paisaje

LA ACACIA

Aquella acacia
   recién nacida
   con sus hojas
de temblorosa plata
   era la niña
que, jugando, a veces
se empolva la dorada cabellera...

EL PASTOR

El árbol a orillas del río.
   Pastor de melena dorada
   con jugos de Otoño.
Y anda el viento de fiesta...
   Corteza instrumental...
Y el viento, el pastor, y el agua
no son más que una cuerda de cristal.

EL ARBOL NIÑO

Cuando la brisa
devanó entre los dedos de la luz
la madeja violeta de la niebla,
el árbol,
con el verde candor de su mirada,
se puso a corretear
—alegría de niño libre y sano—
por entre el parque azul del horizonte.

LOS CIRUELOS

En sus cajas de madera,
estos ciruelos diminutos
que parecen de juguetería...
Niños que han nacido
deformados,
soportan
hasta el total desarrollo
el triste y duro armazón...
Eso de no poder desperezarse...
Y no sentir el tronco humedecido
por la espátula
lacrimosa del barro de la ruta...

Si no fuera
por el reguero de aire azul,
a donde
van sus cabezas esponjosas y alegres
entre cuyos cabellos verdosos
picotean los pájaros y el viento...

CIRCO

En el paisaje —circo de colores—
el pino se ha mostrado
consumado pruebista,
y en una sucesión
de curvas ágiles,
—pequeños saltos de hojas—
se va a las nubes...
Y éstas, con su algodón
mojado de infinito,
refrescan, compasivas,
la cara verde y seca
del payaso.

CEIBO

Escondes tu ropaje de extranjero
tras la capa nivosa de un magnolio.
El aire de esta tierra
va secando tu carne. Arrinconado
—falto de sol—
se va abriendo tu pecho
en continua y violenta
tos interior…

Allá, en mis valles,
hubieras esponjado
tus sedas ampulosas…
Será este año,
el último en que manches el pañuelo
lustroso y refrescante del magnolio,
con el adiós que vibra
en tus dolientes
gotas de sangre.

MIEDO

Cuando era niño,
el lobo
siempre andaba detrás de los árboles.
Y desde la corteza
me espiaban los ojos
del gigante del bosque...
Yo escapaba del árbol.
Y solo, en pleno día,
trepaba hasta las copas musicales.

Ahora
que platea la sien espiritual,
¡me da una vergüenza, árbol,
haber tenido miedo
de la mancha alargada de tus brazos!...
¡Quién me diría
que tú,
—surtidor armonioso del paisaje—
pagarías más tarde mis recelos,
ofreciéndome tus plumas de sombra,
para el reposo momentáneo,
y prometiéndome
para un postrer descanso
de espíritu y de cuerpo,
tu madera vibrante y olorosa!

LA RUEDA DE LA NIEBLA

Las últimas hojas
se perdían entre el vidrio
gris del tiempo
en un vuelo apagado.
El abanico de una rama
se agitaba inútilmente
para hacer claros a su alrededor:
apenas conseguía
jugar con los espesos
remolinos de bruma...
La gigantesca rueda de la niebla
chafaba el oro,
el verde,
el rojo...

Vertiginoso
carretel de algodón,
se iba desenrollando sobre todo...
Era el paisaje
una desolación
de plata y plomo.

APRENDIZAJE

Lustroso y sin heridas,
mostraba el árbol
su fragante copa.

Recién nacido, palmoteaba alegre
en la encendida y bulliciosa
romería estival...

Y tú llegaste, hermano viento,
cuando menos pensaba,
y arrancaste unos hilos
de su capucha verde...

¡Imagínate
qué amargo hubiera sido
para el pobre
pino pequeño,
la sorpresa
de un ciclón otoñal!

Ahora,
entre sus labios algo desteñidos,
repica el gesto
del muchacho que fue una vez de fiesta
y ya se cree tan fuerte como un hombre.

NACIMIENTO

La niebla ha humedecido
los árboles. Ya es sombra.
Cuando un latido hincha el corazón
de las ramas, despréndense
globos de vidrios claros...

Mañana
sorprenderemos
en más de un árbol de la carretera
el piar de unas hojas
recién nacidas...

MARINO

La tarde se ha prendido
—bandera de colores—
a los mástiles ondulantes
de los árboles.

La voz de una sirena
naufraga entre el violáceo
mar profundo de nubes.

Me llama el horizonte
con su olor de pinares de recuerdo.

Mi espíritu se escapa.
Quiebra el cristal monótono del puerto.

Cuando retorne de sus aventuras,
ha de traer el premio
de una estrellita más en su rebelde
gorra de marinero.

EL MANTO

El árbol a la orilla del río.
Aguja que cosía
sobre el manto del agua,
estrellas, muchas estrellas,
  tantas,
que yo veía cómo
iban desapareciendo
  en las alturas.
Las enhebraba todas
  la aguja verde.

Se deslizaban hacia el cristal,
  por un temblor de hilos
    color humo...
Diríase
  sobre la túnica
elástica del río,
la algarabía
de unas estrellas de cartón pintado...

LOS PLATANOS

La sombra de los plátanos
quitaba
la luz... Y los trigales
no maduraban bien.
Un leñador hizo vibrar su carro
bajo el peso de troncos
de una hilera de plátanos.

La música del aire
lleva un olor de ramas exprimidas.
Hoy brillará en el lar del campesino
el corazón aún tibio de los plátanos...

¡Tristeza por los árboles que han muerto!

Sin embargo, el camino
tiene tal luz...

Y alegra ver al sol
dar cucharadas
de salud, al pico de oro
de los trigales de semblantes mustios...

DESPERTAR

Llegó el Otoño.
En su encendida honda,
ví brillar las elásticas
piedras del viento.
Puso en fuga el rebaño de las nubes.

Toda la noche anduvo
la sombra de un magnolio
golpeando en los cristales…
El Hondero
no tuvo compasión… Aún asustados
los árboles —temiendo al incansable—
estremecen sus brazos flagelados.

El campo amaneció
triste y marchito.
Su poco verde
estaba desteñido.

Temblaba en el paisaje
la pensativa lágrima
de un pino roto.

Y la falda ampulosa de un castaño
mostraba los jirones
de su burda arpillera.

Una acacia tendida por el viento,
ponía
sobre el camino una
mancha sentimental...
Y por un hueco
del tronco, todavía
caliente, introducía
su pico verde
una hoja tierna...

Un roble
—sordo al badajo enorme de la noche—
tras el buen sueño
se desperezaba,
alargando sus brazos
fuertes, rudos,
—cuando el viento, ya céfiro—
agitaba
su frágil campanilla de cristal.

EL PLATANO ABUELO

Este plátano abuelo...
Siempre fragante y claro.
    Música de la huerta.
Sus ramificaciones
    dibujan en el aire
    procesionales palios.

En Primavera,
    es el primero que despliega al sol
    sus sedas verdes
Y en Invierno, es el último
        que deja
deshojarse la rubia cabellera.

    Este plátano,
    es todo campo
    y música de agua
    y luz de pájaro.
    En la alborada grita
la ingenua algarabía de sus picos.
Y al tumbarse la noche en los senderos,
    cada hoja se agita
    despidiendo a la tarde
con un claro y alegre pañuelo de colores.

DESVELO

El roble no sabía
disimular un áspero
gesto de mal dormir.
Recuerdo las eternas
noches en que el insomnio
llenaba los rincones
de mi alcoba
con un humo de sombra.

Yo abría la ventana,
y el aroma del sueño me vencía
con la brisa que buena
me humedecía el rostro.

Roble: bien pronto el Sur
cederá su ventana
a una ligera brisa...
Columpiará en la seda de su aliento
tu desvelo... y entonces
te dormirás soñando
que a lo largo
de tu cuerpo
se deslizan,
nerviosos y fragantes,
los dedos de la lluvia...

EL ALBA

El Alba
rodea su garganta con un cándido
collar de piedras húmedas.
Y tras el velo gris, apenas
se ve rodar el sol.

El domingo amanece
empapado de perlas y neblinas.

Como en la fiesta azul de otras mañanas,
no ha de venir por el camino claro
la buena amiga que eligió la manta
hecha de sombra de álamo.

He visto como el árbol
se estiraba
desesperadamente
hacia lo gris,
queriendo descorrer, con sus verdosos
brazos inquietos,
las cortinas marchitas de las nubes.

Inútilmente.
No ha de venir por el camino claro,
la clara esencia de la buena amiga.

Tal vez otro domingo... que hoy el alba
está orgullosa de su pedrería.

SUPERSTICION

Los árboles también son
supersticiosos...
Cuando enciende su lámpara
de colores la aurora,
más de una vez he visto
cómo andaban sus sombras por el campo,
buscando igual que yo
la mascota de un trébol
de cuatro hojas.

LOS ALAMOS

Los álamos del río
entrelazan sus ramas
y han puesto entre las manos
de la brisa sus verdes cabelleras
para que las despeine...

Los álamos parecen
unos guardianes serios
que desplegasen sus verdosas capas,
para que nuestros ojos
no puedan ver el agua
en donde
tiembla la desnudez
de la exótica carne
de una planta...

EL SUEÑO

La sombra de aquel pino
está durmiendo
sobre la lana
verde y rizosa del campo.

La sombra cambia de postura:
sufre una pesadilla.
Se estira en afilados
dedos como amenazas,
o se recoge alrededor del tronco
como un niño
asustado de la noche.

El árbol sueña...
Mi corazón se enciende en la plegaria.
Amanecer,
libra por siempre
del mal sueño al árbol,
restregando sus ojos
con tu esponja empapada de luz.

ACACIA

En el concierto de los picos claros
que alegran la espaciosa
y abierta y verde jaula de tus hojas,
falta el olor de un trino...

Continúas igual,
indiferente,
con tus ramos de aroma
dorados y esponjosos.

¿Por qué ayer, junto a ti,
no apercibiste
el vuelo de mi espíritu?
¿Por qué ha dejado
de venir a beber tu fresco aroma
en donde hay miel de infancia
para el marchito labio...?
Acacia, ayer mi espíritu
fue al entierro de un pájaro.

EL ROBLE

Apoyé mi cabeza
sobre el tronco
del roble... Descendía
hasta mi espíritu
el zumo de una música de estrellas...

Dentro del tronco había
una garganta de cristal:
Cantaba,
desenhebrándose, un collar de piedras
de países lejanos.
Era un rumor de fiesta.
Una alegría
de agua y raíz.
Un restregar de párpados de pétalos
de fragancias recién amanecidas...

El tronco
era un hueco de siglos,
un caracol de antiguas resonancias.
Los pájaros, ya muertos
del jardín,
habían vuelto a la vida...

Era una jaula bulliciosa el roble...
Yo sentía en mi oído
un estremecimiento de plumajes
y un alborozo colegial de picos.

EL SUSPIRO DEL CAMPO

El árbol es un claro
suspiro
que el campo
envía al cielo.

Nace sin fuerzas,
apenas ataviado
de unas ramas.
Diríase que la tierra
suspira débilmente.

Pero el campo
quiere llegar al cielo.
Pide ayuda a las manos
de la brisa y del agua.

Se apoya sobre el vuelo de los pájaros.

Y asciende
hacia lo azul.
Su cabeza rizada
se recuesta
sobre la espalda de una nube...
Y ha de llegar.

¡Con qué agradecimiento,
en su profundo y maternal regazo,
el cielo acogerá
el suspiro del campo!

TILO

En la casa,
la luz se iba vertiendo
lentamente.

Para que mi madre
no se inquietara de mi desvelo,
cuando se acercaba
solícita a mi lecho,
yo cerraba los ojos
y respiraba
tranquilamente,
como en un buen sueño.

Nunca se engañó mi madre.
Tras mis párpados cerrados.
sabía verme despierto.

Tilo:
entre los corazones de tus hojas,
veo esconderse el perfume
de un recuerdo.

Daba mi ventana al campo.
Yo tenía la cabeza
aturdida·
con un zumbido de versos.

Madrugadas
de mi pueblo.

Venía por el camino
la canción de los carreros.
Se desperezaba
—azul y violeta— el cielo.

Por mi alcoba
en silencio,
tu sano aroma, tilo,
me infundía sosiego...

Tu aroma
y el alba en la sonrisa de mi madre.

INDICE

Se terminó de imprimir
en PRISMA Ltda. Gaboto 1582, Montevideo
en el mes de abril de 1989
Edición hecha al amparo del
art. 79 de la ley 13.349
(Comisión del Papel) D.L. 237.624

la dictadura, jubilándose el 31 de diciembre de 1937 con mínima retribución. Durante muchos años vivió heroicamente con estrecheces económicas pero con una gran dignidad y espíritu superior. Normalizada la República, fue reparado por el Tribunal Extraordinario instituido para consolidar las situaciones creadas por el régimen contrario a derecho.

El Municipio de Montevideo, por iniciativa de los escritores Alba Roballo y Alfredo Mario Ferreiro, apoyados unánimemente por intelectuales, artistas y autoridades, por resolución de junio de 1956, dedicó un antiguo cedro al poeta en los jardines del Museo "Juan Manuel Blanes", de donde había sido destituido, y una placa recordatoria con un poema suyo, sobre un monolito de granito. Justa reparación a su memoria.

Julio J. Casal es uno de los poetas más auténticos de hispanoamérica. Y como hombre estuvo siempre junto a la causa de los pueblos sufrientes, luchando por su liberación, en una línea de conducta ejemplar y un magisterio vivo. Supo ser guía para la juventud y estímulo para los nuevos valores en las letras de España y América Latina.

Algunos de los más grandes poetas y pintores de lengua española contemporánea, iniciaron su labor pública desde las páginas de ALFAR.